

LA PALABRA

Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Oleg Polyajov

b126@ukr.net

Universidad Nacional Taras Szewczenko (Kiev)

Personajes literarios en su camino hacia una vida sin fin

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 53, julio-septiembre 2020, pp. 7-10.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana

Dirección de Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000

Xalapa, Veracruz, México

Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Un tiempo después de la publicación de la novela con la cual debuté, *Esclavas y amigos de doña Vekla*, concedí mi primera entrevista. Mi colega periodista y la redactora de la editorial me hicieron una pregunta directa: ¿Y Vekla?, ¿cuándo volverá? “Pues...” Me quedé perplejo y pensativo. Mi contestación, aunque no muy segura, fue esta: “Creo que eso nunca sucederá”. La negativa provocó un leve disgusto y desconcierto en mi colega, pero con el paso del tiempo para mis amigos, gente conocida e incluso no muy conocida, en diferentes ocasiones me han planteado la misma pregunta. Ante tal desafío, me vi obligado a adoptar una posición más seria, lo cual me incitó a “echar a andar mi mente” y reflexionar sobre los escenarios virtuales de “una vida nueva” para mis protagonistas.

Para empezar, puse en marcha toda mi imaginación, proyectando las imágenes de mis héroes –las de Vekla, Artem, Tamara, Larisa, Clarencius Zone, Nelita– en el espacio virtual de una nueva novela. A decir verdad, primero todo iba muy bien. Logré inventar una trama vertiginosa, colisiones e intrigas complicadas y sutiles que, por cierto, fueron desenredadas y puestas al descubierto al final del libro. Acerté a articular el intercambio dialogal, “aderezándolo” con un buen peso de humor y chistes amenos. En fin, todo iba “a pedir de boca” y, al parecer, todo lo pensado e inventado habría podido dar un nuevo arranque a la novela; posibilitar su continuación con el título de “Vekla 2”...

No sé cómo ni cuándo, pero en el momento menos esperado, mi entusiasmo se vio menguado. Más aún, en un instante se produjo el derrumbe total de la construcción virtual de la futura novela. Todo se desarticuló y quedó sumido en mudéz. “¿Y eso?” –me pregunté con inquietud y asombro–. “¿Eso era lo

PERSONAJES LITERARIOS en su camino hacia una vida sin fin

Oleg Polyakov

Traducción de Eleonora Szewkan

Mi fe admite la creencia de que después de la muerte, más allá, en el otro mundo, se nos dará la oportunidad de encontrarnos no solo con nuestros seres amados y queridos o, digamos, con enemigos, sino también con toda la “comunidad” de personajes literarios que hayamos conocido en el transcurso de nuestra vida terrenal.

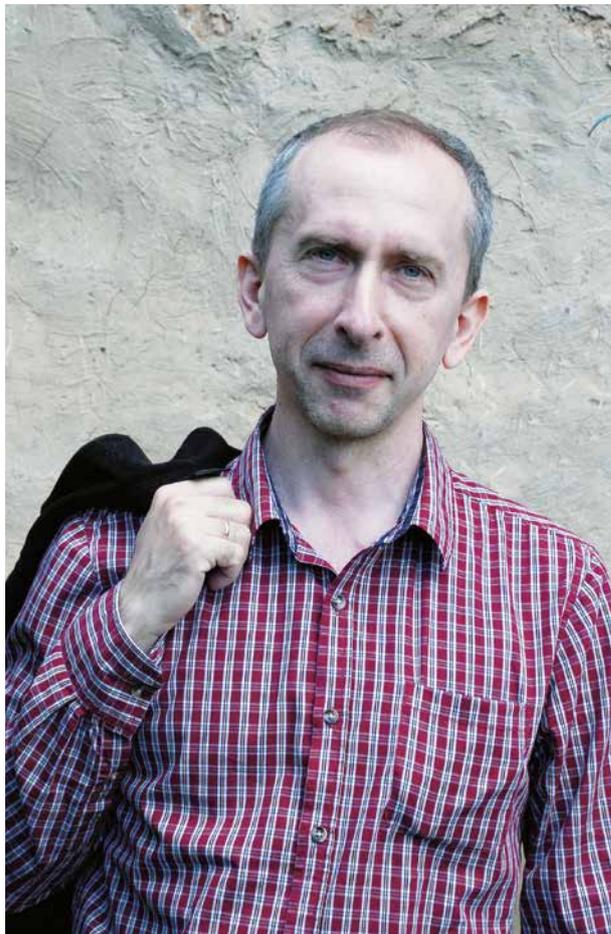
que yo esperaba?” Tomé entonces la decisión de someter a mis “nuevas viejas” criaturas a una prueba de su “existencia” real y viable.

Pues bien, mi análisis me dejó ver que los “nuevos-viejos” protagonistas se habían tornado irreconocibles; drásticamente cambiados. Me di cuenta de que su jovialidad era artificial y forzada, dejando ver tras de sí insensibilidad y amargura. Descubrí que a mis personajes no les importaba un bledo lo que les deparaba el futuro. También me fijé en el desengaño total por la vida que llevaban en el presente. Y, por si fuera poco, vi a mis personajes virtuales en su condición de seres rencorosos, prontos

para irritarse por nada. Me impresionó la pobreza de su concepto de autoidentidad marcada por el abandono total de autoestima, por una indiferencia y esa actitud apática de “lo-mismo-me-da”.

En esto me vino una idea que me hizo estremecer: “¡Carajo! ¡Mis protagonistas no son seres vivos! Más bien, son sombras de ultratumba. ¡Una especie de fantasmas evocados de otro mundo!” Era como si hubiera invitado a cenar a unos amigos o conocidos a sabiendas de que ya se habían ido al otro mundo. “¡Tremendo! ¡Qué falta de prudencia!”

Y bien, justo en este punto de mis reflexiones quisiera declarar



Oleg Polyakov



Portada de la edición ucraniana de *Esclavas y amigos de doña Vekla*

algo que pudiera sonar como una confesión (aunque soy consciente del riesgo de ser juzgado como una persona un tanto rara o descabellada); con todo, vale la pena mencionarlo por ser de suma importancia, tal vez, subjetiva. Mi fe admite la creencia de que después de la muerte, más allá, en el otro mundo, se nos dará la oportunidad de encontrarnos no solo con nuestros seres amados y queridos o, digamos, con enemigos, sino también con toda la “comunidad” de personajes literarios que hayamos conocido en el transcurso de nuestra vida terrenal. Don Quijote, Hamlet, Leopoldo Bloom, Tarás Bulba, Artemio Cruz, en su condición de seres inmortales que

moran en la Eternidad, nos dejarán ver sus rostros iluminados por la Vida Eterna. Verdad es que ignoro hasta qué punto tal encuentro va a ser “obligatorio” o deseado por los lectores, pero estoy seguro de que la reunión del autor con sus personajes, eso sí que se dará de manera inminente. ¿Acaso podría haber una aventura más descabellada, inverosímil y fascinante que la de volver a encontrarse, por ejemplo, Homero y Odiseo, más allá de este mundo? ¿O, supongamos, el encuentro de su servidor con Vekla?

A todo esto, vale la pena preguntarse en qué consiste la relación entre el autor y su personaje. En mi caso, considero que el sim-

ple hecho de haber inventado un personaje no significa que este sea verdaderamente nuevo (aunque reconozco la validez de la metáfora del parto). ¡Ni mucho menos! La verdadera relevancia de la creación de un personaje implica la fuerza y el poder del autor al insuflar en su criatura el espíritu inmortal que pueda entrar en sintonía con un vasto campo informativo literario. De eso se desprende que el objetivo primordial del autor consista en la inspección minuciosa de su nuevo personaje, desde el punto de vista de su capacidad y aptitud para poder ser dignamente presentado ante la cara de la Eternidad literaria. Tal acto, me atrevería a llamarlo “someter

a un personaje a la prueba de su inmortalidad”. Esta circunstancia, a mi modo de ver, le otorgaría al héroe los rasgos de ser “único y fuera de serie”.

En esta relación existe otro tema que atañe a los personajes episódicos. Ellos representan cierto tipo de problema para el autor, como lo hacen conmigo, precisamente. En verdad, a diferencia de los protagonistas –personajes que pivotean la trama–, “los de fondo” alzan sus voces en una sola ocasión, o de vez en cuando, aparecen esporádicamente y luego desaparecen de la escena. No obstante, es de mi máxima preocupación hacer que ellos estén dotados de una adecuada gama de rasgos característicos. Es de mi máximo deseo hacer que ninguno de ellos salga mutilado o defectuoso. Y la pregunta es esta: ¿cómo puede compensarse la estrechez temporal en la que viven y actúan los personajes secundarios? Encontrando una verbalización concisa y contundente de sus réplicas, dándoles unos enfoques más favorables en alguna escena o, incluso, simplemente representándolos con cierto lujo de detalles. Este objetivo de darles a “los de fondo” una posibilidad de manifestarse y cobrar plenitud de vida en el espacio “ontológico literario” siempre me impulsa a agilizar el uso de varios procedimientos artísticos. A saber, uno de ellos es el de la tectónica “abrupta” de la frase, el amplio uso de la reticencia, lo que le da al mensaje una dimensión de enigma. Hasta dicen que, a veces, abuso de ello, pero eso es una cuestión debatible.

Ahora bien, en lo que toca a la pregunta desafiante de la primera entrevista, la que, por supuesto, me ha dado mucho en qué pensar, no puedo menos que exponer mis razones ante la negativa. A mi modo de ver, sería una cosa vana o superflua. Con las últimas páginas del libro, la misión de mis personajes queda cumplida y no hay vuelta

Oleg Polyakov nació en 1971, en la ciudad de Pawlohrad, Ucrania. Hizo la carrera de periodismo en la Universidad Nacional Taras Szweczenko en Kiev. Trabajó como periodista en la televisión de Lwow, colaborando a la vez en varios proyectos musicales, cinematográficos y de los programas televisivos. Es miembro del Jurado del Concurso Nacional de Poesía “El clarinete de oro”. Su novela traducida al polaco –*Esclavas y amigos de doña Vekla*– ha sido considerada por la crítica literaria como el mejor debut en la prosa ucraniana de los últimos años. El escritor vive y trabaja en Kiev.

atrás. A su modo, es el final de su existencia o, mejor dicho, el inicio de su transición a la Vida Eterna, al campo literario informativo como lo entendemos metafísica y metafóricamente hablando. En efecto, el personaje ha cumplido con su tarea de la mejor forma, mostrando sus aptitudes para manifestarse en todas las dimensiones. Y no importa si este se hubiese dado una gran vida de ocio contemplando el cielo tendido en medio de la pradera, esa sería la razón por la que él tiene merecido el Descanso Eterno, regocijándose en el cielo literario.

Por cierto, también sería lógico suponer la existencia de un infierno literario que, tal vez, está mucho más densamente poblado. No obstante, a diferencia de nuestro mundo, los que habitan el infierno literario no son una especie de pecadores empedernidos, sino por el contrario, personajes literarios, digamos de “un intento fallido”, piezas defectuosas de algún autor chapucero. “¡Pero si los personajes no tienen culpa alguna!” Creo que su destino de ultratumba sería el sueño letárgico, una modorra eterna y no el castigo.

Pues bien, a modo de conclusión, he aquí algunos detalles acerca de cómo han nacido mis personajes. A dos de ellos los conocí en la vida real de la siguiente manera:

Un día mi amigo y yo nos metimos en una cafetería muy concu-

rrida de Kiev. Vimos a una señora de curvas opulentas, de tacón alto, que estaba de espaldas a nosotros. Puede ser que ella sintiera con la piel nuestras miradas, algo insolentes, clavadas en sus atractivos femeninos porque, de repente, se dio la vuelta. ¡Bah! Y al instante me quedé estupefacto, como si me hubieran clavado un cuchillo en el pecho. De ningún modo fue aquello lo que llamamos amor a primera vista, ¡ni mucho menos! Fue algo muy distinto. En realidad, su hermosa cara tenía un rasgo sobresaliente. ¡La nariz! Sí, una nariz muy larga que parecía la aleta de un tiburón. Y precisamente esa nariz hacía que su belleza fuera única en su especie, dando realce a su individualidad extraordinaria, singular. Al contemplar ese tipo de “estética” inequívoca, me estremecí de pies a cabeza, me sentí impactado, inundado de felicidad y gozo al poder descubrir esa clase de belleza. Creí que era obra de la providencia de Dios, expuesta a mi vista y plasmada en una “obra” tan extraordinaria. Entonces me sentí obligado a hacer un examen de todas mis impresiones. Sería un pecado dejarlas en el olvido. Así fue como empecé a escribir mi novela *Esclavas y amigos de doña Vekla*, y, por supuesto, “la belleza narigona” me ha servido de prototipo para mi protagonista.

Y sobre el personaje de otra novela mía, *Crónicas de Troya*



5/16 "Vigilia" Luis Morales

Vigilia

nebulosa, un poco antes de mi encuentro con Vekla, me tocó la vivencia de conocer a un tal “Basilio-Australia”. En una de las callejuelas de un suburbio de la capital, en pleno verano caluroso, cuando la vida se sumerge en el bochorno (¡ni las moscas daban señales de vida!) vi pasar a mi lado a un borracho vagabundo, de nombre Basilio, de 60 años. Iba cojeando y era, como dicen, de mala estampa. A modo de burla, sus vecinos le decían “Aníbal”; verdad es que desconozco la razón de este apodo. A pesar del calor él llevaba puesta ropa caliente: un suéter grueso de color negro, pantalón y zapatos para esquiar. Basilio se mantenía recogiendo colillas y latas vacías de cerveza tiradas de los autos que pasaban. Me imaginé que, por la noche, después de la jornada laboral, su esposa, sordomuda y medio loca, le serviría una buena porción de samogón (aguardiente de pro-

En una de las callejuelas de un suburbio de la capital, en pleno verano caluroso, cuando la vida se sumerge en el bochorno (¡ni las moscas daban señales de vida!) vi pasar a mi lado a un borracho vagabundo, de nombre Basilio, de 60 años. Iba cojeando y era, como dicen, de mala estampa. A modo de burla, sus vecinos le decían “Aníbal”.

ducción casera de calidad muy baja) o incluso, puede ser, que la pareja armara una pelea y alguno de ellos se fuera a las manos. En fin, cosas de la vida...

“Y después? ¿Qué va a pasar después, digamos, mañana por la mañana? ¿Las mismas cosas por el estilo?” Bueno, aguarden un momento... ¡Están muy equivocados!

A la mañana siguiente, al despertarse, Basilio vería una inmensidad del océano, una playa desolada con arena blanca... En un instante se daría cuenta de que estaba sentado en una poltrona blanca, bajo una sombrilla también blanca. Se vería a sí mismo lujosamente ataviado con un traje blanco elegantísimo. Y, para su asombro, una canasta llena de manjares y licores finos estaría al alcance de su mano. Solo que... de su vida anterior le habría quedado un recuerdo: un calcetín negro, sucio y viejo.

“Creerán tal vez que fuera una visión fantasmal de ultratumba? ¿Que Basilio se habría muerto?” Yo digo que no; tampoco era el delirio de un alcohólico. “¡Ya verán que mi personaje Basilio-Australia está bien vivo, y de eso ni dudar!” Total, hay mil maneras de echar al mundo un personaje literario. Puede ser que el personaje nazca como una proyección-correlación con los protagonistas, o como un portador de alguna Idea (concepto ético o doctrinal), o incluso que nazca como producto de una simple representación de algún conflicto. Sin embargo, a mi modo de ver, es el amor lo que posibilita el nacimiento y alumbramiento del personaje. Es imprescindible para que la criatura vea la luz. Amor protector, si son tan frágiles e indefensos nuestros personajes. Y esa criatura, cualquiera que sea su condición social, moral o física, o su papel en la trama, cobra vitalidad precisamente del afecto de su creador. Así que, para mí, la literatura empieza y termina con el amor. **LPyH**